



*Género, feminismo,  
“ woke” y  
transhumanismo en la  
culminación de la lógica  
democrática.*

---

**Rafael Alvira**  
*Universidad de Navarra*  
ralvira@unav.es

## Introducción

La tesis de este escrito es que existe una relación estrecha entre los principios antropológicos de la democracia moderna, y movimientos como “género”, feminismo, “woke” o transhumanismo. Ellos no significan, como muchos piensan, un ataque a la democracia, sino su culminación. Así como el Romanticismo fue una reacción contra la forma clásica de la Ilustración, pero es incomprendible sin ella, y, en el fondo, no abandona sus principios, lo mismo sucede ahora con esos movimientos en su variable actitud -muchas veces negativa- sobre la democracia actual. La lógica de esa democracia conduce a ellos.

La democracia es hoy, no sólo un sistema político implantado oficialmente en la mayoría de los países, sino también un elemento nuclear de nuestra cultura y -aunque pase inadvertido- un dogma religioso. Y ese carácter no se pierde en los nuevos movimientos.

En efecto, la democracia, no es un sistema cuya verdad se pueda *demonstrar*, sino algo en lo que se *crea*, y sobre lo que de hecho hoy apenas es posible dudar en público. La rousseauniana y democrática “religión civil del Estado” se ha impuesto, y convive o entra en conflicto con las religiones habituales. Quienes se atreven a poner una de ellas al mismo o superior nivel al de la civil son apostrofados de fundamentalistas, y de hecho, el Estado no se deja dominar.

Son muchos, sin embargo -y sobre todo en el mundo cristiano, incluido cada vez más el católico- los que se sienten convencidos demócratas, sin pensar en distinguirse en cuanto tales de la inmensa mayoría democrática actual; y no quieren ser llamados “fundamentalistas”, aunque rechazan muchas de las tesis “postmodernas” y “transhumanistas”.

Es tarea del pensar filosófico el no dar nada *por supuesto*, y la democracia actual lo está. Por ello, se precisa alguna profundización en sus fundamentos, con el intento de mostrar algo mejor su ser. Ello debería ayudar también a entender de modo más preciso la dura contraposición de interpretaciones sobre qué es la democracia entre derecha liberal e izquierda socialista, tanto general como con los matices de los grupos católicos, y, por tanto, a aclarar el debate sobre quien es el “verdadero demócrata”.

### ***Fundamentación clásica de la democracia***

El lugar clásico en el que aparece la democracia en la filosofía política es la República de Platón. Para este autor, base del pensamiento “clásico”, los diferentes regímenes políticos se construyen desde aquello que fundamenta su unidad y, por tanto, su ser. El mejor régimen es -según él- el del

“*rey filósofo*”, lo cual ha despertado la risa e incluso el menosprecio de no pocos estudiosos. ¿Cómo puede un filósofo -persona abstracta y despistada- ser rey y gobernar? Pero Platón se refiere al *filósofo práctico*, quien ha adquirido un saber comportarse de forma buena y verdadera en un horizonte universal. Y la política es el más amplio horizonte universal de la vida práctica. Por eso, el gobernante bueno no es alguien que tiene un título de filósofo, sino quien posee esa virtud. Ella tiene, en cuanto saber verdadero y bueno, una fuerza natural que inspira confianza, La sociedad está así unida por la *virtud del gobernante y la confianza del gobernado*.

Por diversas razones, pueden faltar personas con plena virtud política, pero haber otras que poseen, junto a un cierto saber, la voluntad de realizar el bien común. Aparece entonces un régimen que se puede llamar de los “buenos militares” -Platón habla de “*guardianes*”-. Puede faltarles más sabiduría, pero tienen la intención de mantener correctamente la paz y el orden social. Sin embargo, frecuentes dificultades sociales y la falta de la plenitud en el saber teórico-práctico de gobierno les pueden empujar a apoyarse en el grupo social de las personas ricas, el cual se va entonces haciendo cargo poco a poco de los resortes del poder.

Aparece entonces el gobierno *oligárquico*, nombre que se refiere a la primacía -con el poder consiguiente- de “unos pocos”, porque, en efecto, normalmente en cualquier sociedad son relativamente pocos los ricos, como pocos son los extraordinarios médicos, abogados, ingenieros, etc. Con frecuencia se sospecha del rico, quien, en un caso u otro, ha podido delinquir, pero el hecho de que haya proporcionalmente pocos ricos es normal y semejante al de que haya pocas personas muy relevantes en otras actividades.

Con todo, ¿qué justifica el poder político de ese grupo? Como habitualmente un rico tiene saber económico o financiero, pero no de gobierno político, su justificación podría ser la eficacia en orden al *bienestar* general, siendo el bienestar la *base “material”* de la felicidad. Sin embargo, ese grupo, en la medida en que con cierta frecuencia tiene escaso interés por la virtud o saber político, genera con facilidad desigualdades sociales.

Cualquier ciudadano piensa entonces que tiene un nivel semejante de saber político al del rico, y alimenta además la sospecha de si él no se aprovecha fraudulentamente de su posición superior. Se siente entonces justificado para optar al poder político. Hace así acto de presencia en el gobierno el “*demos*”, la *gente*. La *democracia* es el régimen político en el cual teóricamente la “*gente*”, y por tanto, cualquier persona, toma el mando.

Aunque habitualmente se suele decir que la democracia es el régimen del *pueblo*, resulta necesario aquí usar con mucha prudencia ese término, discutido en la tradición política. Sin entrar aquí en

detalles, un pueblo es un conjunto de personas unidas por un *mismo ideal*, del tipo que sea, y, como afirma Agustín de Hipona, por un *mismo amor*. Sin embargo, ese no es el caso de la democracia. En ella, ya abandonados, por principio, la *virtud política* -por más que Montesquieu, etc. hayan querido reintroducirla-, el *honor militar* o el poder político de la *economía*, reina la voluntad de la gente, que es un mero *grupo de individuos*.

El problema, por tanto, es encontrar cual es el *criterio según el cual se unifica* un grupo de gente completamente *libre e igual*. La libertad es *total*, pues ya no depende de la virtud ni de ningún otro criterio de orden. La igualdad, a su vez, es *necesaria*, pues, si falta, la libertad total del más débil está inmediatamente amenazada.

Sin virtud ni orden básico, el bienestar que la riqueza concede es el único criterio posible porque, además, la riqueza da los medios indispensables para hacer efectiva la libertad material. Aristóteles lo vio muy bien, y señala que la democracia sólo es estable en una sociedad con una clase media amplia y rica. Su único *ideal común*, como también subraya el propio Aristóteles, es la *convivencia* pacífica, compañera normal del *bienestar*.

Es esa estructura la que permite la paz, pues pocos quieren arriesgar cuando tienen bastante que perder, y todos ven además que existe incluso la posibilidad de mejora. La consecuencia lógica primera -ya señalada por Platón- es el carácter inestable de la democracia, al depender ella de la existencia y de la continuidad, nunca aseguradas, de esa clase media. Si descende de calidad oscila hacia una oligarquía que le pueda abrir de nuevo el paso a la riqueza; si le falta cantidad se inclina a caer en una *tiranía* que le asegure la igualdad y la paz por métodos coercitivos. Traducido a nuestros días, ir al liberalismo o al socialismo radicales. Como en muchos países falta esa clase media, la tiranía socialista es habitual, pues en las elecciones siempre hay mayoría de quienes tienen menos.

Hoy se emplea poco el término *tiranía*, y mucho la palabra *dictadura*, pero no son sinónimos. La tiranía es el peor de los regímenes posibles, pues se impone coactivamente para ventaja del tirano y su grupo. La dictadura, por el contrario, es un régimen transitorio cuya finalidad es restaurar el recto orden social en una sociedad rota o seriamente enferma. Por eso, una dictadura puede ser buena o mala, según cumpla o no sus fines. Sin embargo, la tiranía es siempre mala. Contra el uso lingüístico habitual de nuestros días, ahora apenas existen auténticas dictaduras, pero hay múltiples tiranías, del *socialismo radical*, del *comunismo* y del *globalismo*.

Por eso, los que se consideran verdaderos demócratas buscan siempre las fórmulas *moderadas o centristas*, pero otra cosa es que pueda encontrarlas. Y, sobre todo, el mero “*bienestar-convivencia*” es un ideal que está por debajo de la dignidad humana. Aristóteles no dijo -como a veces se afirma-

que la democracia fuera de hecho el mejor régimen posible. Como bien ha mostrado Cruz Prados, el Estagirita sostiene la utilidad práctica de un régimen mixto de oligarquía y democracia, en caso de que falte la virtud política.

Los ensayos democráticos de la Grecia Clásica desaparecieron pronto sin dejar apenas rastro. No deja de ser curioso que Churchill pudiera hacer famosa su “boutade” de que la democracia es un mal régimen, pero mejor que cualquier otro, cuando en más de dos mil años de historia apenas había aparecido. Mala calificación para la humanidad. Esta ausencia, con todo, explica también el entusiasmo desbordante con el que se implanta la democracia moderna a finales del siglo XVIII, en primer lugar, en los USA y en Francia.

### ***La Razón democrática moderna***

La democracia moderna se presenta no sólo como un régimen humano y justo, al ofrecer por primera vez libertad e igualdad radicales a todos, sino también como el que es plenamente racional. Ahora se marca muy fuertemente la diferencia entre lo “racional” y lo “histórico-ocasional”. El movimiento ilustrado moderno había conducido a ello. Consideraba que el ser humano habría estado siglos por debajo de sí mismo, al no haber sido capaz de darse bien cuenta de la inmensa fuerza de su racionalidad. Por tanto, había llegado la hora de aceptar e implantar socialmente al verdadero ser superior: la “diosa razón”. Esto es más claro y explícito en Francia que en los USA, pero no hay que dejarse engañar.

Mucho se ha escrito sobre la diferencia entre los procesos que introdujeron la democracia, en los USA y en Francia. Por una parte, lo uno fue una guerra de Independencia, y lo otro un asalto al poder monárquico católico; por otra, la crueldad e inquina francesas no comparecieron en los USA; etc. Sin embargo, los principios inspiradores de uno y otro eran similares, y la historia lo ha ido mostrando cada vez con mayor nitidez.

Esos principios eran los del racionalismo Ilustrado de las Logias, de donde también vinieron los apoyos. Casi todos los principales actores de la Revolución, tanto en los USA como en Francia, pertenecían a ellas. Y, dicho sea de paso, muchos de los actores principales de las independencias de la América española. A partir de ese momento y hasta nuestros días -en los que es particularmente claro- ellos han marcado muchas de las vicisitudes políticas, sociales y culturales del Occidente, y de forma muy aguda, en el ámbito de la antigua Monarquía Hispánica.

Había, con todo, una diferencia de interés: en la tradición británica predominaba el deísmo, mientras en la francesa, el ateísmo. Sin embargo, en el fondo, entre un Dios deísta que es pura Luz Racional, pero no persona, y una Luz Racional que no es Dios, -y es, por tanto, “atea”- la distancia es pequeña.

Uno de los primeros contrarrevolucionarios -Louis de Bonald- supo entender inmediatamente la traducción práctica de esa “pequeña diferencia”: si afirmamos que Dios existe, pero que no es *providente* -como sostiene el deísmo-, tarde o temprano ese dios desaparecerá de nuestra vida diaria, y dejará de jugar un papel en nuestro mismo *existir*. Así sucedió.

Como afirma el poeta español Antonio Machado, el Racionalismo no cambió la fe en un *Dios personal* para acogerse a *la Razón*, sino que cambió la fe en un Dios personal por la fe en la Razón. Efectivamente, la Razón, en cuanto substancializada y absolutizada, es una creación de nuestra capacidad de pensar que -paradójicamente- no es abarcable ni verificable por esa misma capacidad.

De ahí los mil intentos diversos, según cada *Logia*, de construir una denominada “filosofía religiosa” o “religión filosófica”, añadiendo elementos concretos históricos a la tesis básica de un “Dios Luz de la Razón”. El añadido histórico era necesario, pues la pura filosofía no basta para explicar la realidad y, por tanto, tampoco el modo en que conviene comprender, existir, vivir la vida.

No es un raro que haya sociedades de ayudas mutuas que tengan éxito, y a veces más aún por ser secretas. Lo que ya es más difícil de entender es cómo se puede creer en una religión con una divinidad elegida de la oferta histórica -circunstancial o simbólica- y una base filosófica montada sobre una razón incapaz de autoexplicarse. Según su propia esencia, la religión ha de ser revelada. Si hay una Razón Pura que se nos revela, y ella es el Principio, hay que preguntarse entonces de dónde hemos salido nosotros. Si Dios no es más que Luz, pero no *Persona* -como, por el contrario, dice el Cristianismo-, no nos puede *crear por amor*. Así pues, es un técnico: el “Gran Arquitecto”. Pero todo técnico necesita materiales, y eso le quita su carácter de principio absoluto, y le deja en la oscuridad con respecto a esos mismos materiales.

Por eso era inevitable la “crisis de la racionalidad”, tan presente en la filosofía del siglo XX. Al no poder el racionalismo ni exponer ni explicitar plenamente la Razón, no le queda más que aceptar, o bien que *creemos* en su realidad -lo que no puede hacer, pues la “rebajaría” al nivel de la creencia-, o bien caer en la *perplejidad*. De ahí el desplazamiento del foco de discusión. Ya no se trata de hablar de fundamentos, sino de dar por supuesto el relativismo y usar la forma “matemática” de la razón, por su aparente afinidad con los principios de la democracia moderna.

La concepción ilustrada de la Razón tiene, en efecto, fuertes vínculos con la tradición de la “*Mathesis Universalis*”. La matemática, tanto en la renovación renacentista de los estudios platónicos, como en Descartes y sus epígonos pasa a ocupar una posición de primer rango. Ella no es, entonces, una mera ciencia al lado de otras, sino, más aún, una “forma de la razón”, que se corresponde con la forma del mundo. Galileo, iniciador de la “Nueva Ciencia”, sentencia que el “Libro de la Naturaleza” está escrito en caracteres matemáticos.

Es esta tesis, junto a la simplicidad o, quizás mejor, la *estilización conceptual* de la matemática, la que -una vez reconocida como una clave de la “forma mentis”- se intenta usar en los diversos ámbitos de la realidad. Spinoza escribe una “Ethica more geométrico demonstrata”; Newton aplica, a su modo crítico, en su Sistema, las ideas de Galileo; de su espíritu bebe el presunto fundador de la economía moderna -Adam Smith-; y, sobre todo, cerca de él está también Thomas Hobbes, el padre de la filosofía política moderna.

Se discute la tesis de los posibles rasgos platónicos de Galileo, dado, de un lado, el contexto histórico y, de otro, la relevancia que el “último Platón” había concedido a la matemática. Hay platonismo en Galileo, pero el *fondo* del platonismo no fue incorporado por aquellos que desarrollaron el método matemático-experimental, clave del nuevo pensar científico.

El cerrado ataque a Aristóteles en el comienzo -y no sólo- de los siglos modernos, y el ambiente platonizante de ellos, puede conducir a error. Al contrario, la “modernidad” va a volver la espalda a Platón, no sólo en la metafísica, sino en particular y para lo que aquí interesa, al desarrollar una filosofía política, antitética a la clásica, de base platónica.

#### *El origen de la libertad y la igualdad modernas*

Al respecto, se puede mencionar la tendencia “cualitativa”, simbólica y apoyada en la virtud, propia de la política platónica, frente al gusto numérico de la democracia, en la cual cada individuo es un voto, sin tomar en cuenta diferencias cualitativas (hombre-mujer; padres-hijos; maestros-discípulos; etc.), consideradas irrelevantes; y cada libertad es total. No una lógica cualitativa de *complementariedad*, sino una cuantitativa de *individuo-totalidad*.

El estoicismo, pero, sobre todo, el cristianismo, dominante en el ámbito europeo de la época, mucho tiempo antes ya había sentenciado que todos somos iguales en cuanto seres humanos. Sin embargo, no había buscado traducir esa tesis en términos sociopolíticos. Los intentos de hacerlo en serio tardaron en llegar y, en forma extendida, a partir del siglo XIX, bajo el influjo de la victoria política de la democracia, y sobre todo, desde el entorno del Vaticano II. En cualquier caso, la idea política moderna de igualdad -aunque haya podido ser facilitada por la doctrina y la práctica cristianas, como sostiene Jacques Maritain- no me parece provenir del cristianismo católico, sino del Reformado.

Es un lugar común citar, al respecto, a Lutero: la debilitación del matrimonio, al negarle su carácter sacramental, más sus concesiones en el tema bigamia-divorcio; el libre examen de la Biblia; y la negación del sacerdocio sacramental, eran tres bombas colocadas bajo el edificio conceptual de la

Iglesia romana. Pero no sólo bajo él, sino bajo toda la gran escuela clásico-cristiana. En efecto, hacen tambalear las tres columnas sobre las que se monta esa tradición educativo-gubernativa: la autoridad de la familia, del magisterio y de la Iglesia

Todas ellas van en dirección a favorecer la igualdad y, por tanto, han de explicar cómo se justifica y se organiza el poder en una sociedad de iguales. Nada extraño, por consiguiente, que vaya desarrollándose el *Estado* moderno, y que aparezcan en los siglos XVII y XVIII varias teorías que sostienen la tesis de que el Estado es el “Reino de Dios” en este mundo, dado que intenta -a falta de la *autoridad* social y de la *gracia* de Dios- lograr por *coacción* lo que en la tradición clásica se intentaba lograr por esos medios. Paradójicamente, la *coacción*, mediante la cual se pretende garantizar una igualdad que traiga la paz, estaría también al servicio de las libertades individuales. Eso sí, con un concepto culturalmente moderno de libertad, cuya presencia en la historia no es nueva, sino que se remonta al siglo V a.C., con la sofística griega, la primera “modernidad” que conocemos. Y es evidente que hoy vivimos en una época marcada por su espíritu.

La sofística sostiene la tesis de que el ser humano es la *medida* de la realidad, y no al revés; es decir, que es libre frente a ella. Tiene dos variantes principales: la moderada, de Protágoras, según la cual somos libres, pero tenemos una única obediencia: a la estructura misma de la Razón. Es la escuela de Gorgias la que lleva la posición al extremo: si yo soy consciente de mi Razón es que estoy por encima de ella y, por tanto, no he de obedecerla. Lo que está por encima de la Razón es la Voluntad. En cualquier caso, todos somos iguales en cuanto seres racionales y voluntarios, y esa igualdad y libertad provienen de nuestra independencia, ya que no hay *ser real* ni *naturaleza* en sentido propio.

Se pueden poner en paralelo Protágoras y Kant, por un lado, y Gorgias y Nietzsche, por otro. Políticamente, Protágoras-Kant y el Constitucionalismo; la escuela de Gorgias y el Anarquismo, aunque aquí habría que introducir matices respecto a Nietzsche.

La modernidad de los últimos siglos, tras la Revolución, ha hecho suyas de facto las tesis sofísticas. A ello condujo no sólo la doctrina del ya citado Lutero, sino también la comprobación de las tesis de Copérnico y Galileo: no gira el sol, sino la tierra, y este “descubrimiento”, al haber sido hecho mediante el uso de una razón desconfiante de la “percepción natural”, parecía demostrar la libertad del ser humano frente a lo que se le ofrecía como real, dado e indubitable. Y, en el mismo plano, pero en dirección contraria, otro punto clave fue el famoso microscopio de Anton van Leeuwenhoek, que mostró qué amplio mundo -imperceptible a primera vista- está encerrado dentro de cada realidad, por pequeña que sea.

Dado que, además, las nuevas visiones científicas fueron con frecuencia posibles gracias a previos avances de la técnica, el resultado general -aunque no compartido por algunos de los más prominentes científicos- fue un crecimiento de la confianza del ser humano en sí mismo, como individuo racional científico-técnico, y un alejamiento del llamado “sentido común *realista*”, que parecía quedar descalificado: habíamos *creído* en una realidad que no era tal.

A esta desconfianza en lo “natural y dado” por la percepción, vino a sumarse el debilitamiento de la fe cristiana, como consecuencia de las terribles pestes de la tardía Edad Media, hecho muy bien expuesto por el gran historiador José Luis Comellas. Y también el nuevo “humanismo” jugó su papel.

Todo sumado, el “antropocentrismo” sofisticado, en el que el ser humano es la medida de la realidad y su señor, orilla en la sociedad y su cultura, de modo progresivo, al “teocentrismo”. Entonces se muestra con claridad que los conceptos de libertad e igualdad no tienen ya el mismo significado que en la tradición clásica y cristiana.

### ***Libertad e igualdad en clave clásica o moderna***

No captar la diferencia de significado es quizás la fuente de confusión más habitual, profunda y de mayores consecuencias en nuestros días. Para el pensamiento “clásico” -en particular el cristiano-, la libertad tiene dos dimensiones constitutivas, no presentes en la idea moderna: es *mediada* y es *responsable*. *Mediada* significa que existe gracias a una realidad que se nos ha *dado* -es “otra”- y sin la cual no podríamos tener la libertad básica de “poder salir” de nosotros mismos; *responsable*, porque ella implica la capacidad de decidir el modo de responder a esa mediación, y si no acierto en el modo, esa realidad me volverá la espalda.

Estos rasgos de la libertad “clásica” se perciben en todo tipo de relaciones -la Naturaleza quiere ser bien tratada- pero de modo especial en las personales. Una persona a la que quieres y que te quiere de verdad no es nunca un *instrumento* o una desagradable carga, sino un *medio* para que mi libertad se pueda ejercer, al sacarme de mí en el reconocimiento y al enriquecerme en el diálogo.

En lo que respecta a la *igualdad*, es preciso tomar en cuenta que ella no es lo mismo que *identidad*. Dos diferentes, permaneciendo *distintos*, se identifican a través del *amor verdadero*. En la tradición cristiana, Padre e Hijo se identifican en el Espíritu Santo; a marido y mujer, el amor los hace **Uno**, amor que se exterioriza y “substancializa”, para decirlo en forma hegeliana, en los hijos.

Por el contrario, los iguales no se pueden unir en un tercero, precisamente porque el igual no tiene nada que dar -en lo igual- al otro y dar es *comunicar*, es decir, -dar a luz lo *común*, o sea, que es el

núcleo de lo humano. Puesto que no hay más auténtica realidad común que la verdad amada y el amor verdadero -el mero *compartir* es una comunidad débil- la raíz de toda verdadera identidad social es el amor verdadero. Por eso, la defensa de la identidad por parte de los movimientos postmodernos se basa en una confusión. Para ellos la identidad significa la reivindicación de la diferencia, y la unidad contra un enemigo común, que es siempre circunstancial y, con frecuencia, fanática. Nada que ver con la identidad en sentido propio.

En tanto iguales, nadie tiene nada que dar a nadie. Dicho en otros términos, para la modernidad, podemos compartir comunicación, y tener relaciones accidentales. Si alguien quiere además tener relaciones identitarias será cosa suya, decisión privada, pero la base política está montada sobre la igualdad y no sobre la identidad. Y estas últimas consideraciones explican el duro ataque actual, por parte de los teóricos de la democracia, contra cualquier aparición de la identidad.

Louis de Bonald lo expresó claramente, en su crítica a Rousseau. Su tesis es: en la vida social la igualdad no se puede *presuponer*, sino que es preciso *construirla*: los que se quieren, se sienten iguales sólo -y no es poco- en que usan sus diferencias para el servicio mutuo. Es decir, si constitucionalmente declaras a todos iguales, las diferencias reales de todo tipo que se dan entre los seres humanos se encargarán de hacer imposible esa igualdad, que sólo existe en el papel. Y, aunque se quiera esconder, la historia ha dado un veredicto inapelable en favor de la tesis bonaldiana.

La consecuencia contrarrevolucionaria -y “contrademocrática”- es que el orden político ha de contar necesariamente con la **realidad natural**, que es desigual, y su tarea no consiste en cambiarla -como pretende el racionalismo ilustrado- sino en respetarla y ayudar a su correcto desarrollo en orden al bien común. Las tres columnas -instituciones- de esa realidad humana natural son la *Familia*, el *Magisterio* y la *Iglesia*. Cada una se ocupa principalmente de una dimensión de la persona, pero las tres están íntimamente interrelacionadas y tienen por fin el citado *bien común*, en el cual -y sólo en él- se hace real el de cada persona.

En esas instituciones se da la base imprescindible para construir la *formación del gobernante*. Alguien que con su ejemplo y su sabiduría impulse la unidad social mediante el respeto de la diversidad, el diálogo y la política social. Con figuras así el Gobierno de cualquier sociedad es la suprema institución dentro de ella, pero no hay “Estado”, sino una articulación natural desde un bien común ya vivido. Por el contrario, en el sistema político actual, los futuros gobernantes se forman en el conocimiento de las oportunidades que ofrece el Estado, los mecanismos internos y externos de los partidos, más la astucia y la *palabrería* -sustitutas de la prudencia y la gran retórica-. Es esta última clase política la que, en vez de fomentar y proteger las tres grandes instituciones naturales, , busca hoy su destrucción.

### ***La confusión democrática moderna entre Común-Privado y Público-Particular***

El *bien común* es clave, pues *común* e *identitario* son realidades indisociables, que se presentan de tres maneras. La primera, en sentido amplio, se da en la *alimentación*. Y, en sentido más propio, en el socrático “amor al saber”, y en el “amor personal verdadero”. Todas aparecen de forma identitaria y nunca por mera igualdad. Lo común se da en la identidad y la identidad en lo común. Cada ser humano muestra su identidad, en primer término, si es capaz de decir: me siento y soy “hijo de”, “discípulo de” y “fiel de”.

En la doctrina de la democracia moderna, por el contrario, no existe lo común real, sino lo meramente sociológico, y en el fondo con abuso del lenguaje. De ahí que sean más frecuentes en ella las expresiones peculiares como “servicio público” o “colectivo social”; a su vez, “bien común” -sustituido por “*voluntad general*”- queda sólo para el “conjunto de bienes materiales y culturales” que están a disposición pública. Y aquí vuelve a aparecer un problema que, en este caso, ha afectado incluso a escritos de la llamada “Doctrina Social” católica. En concreto, la confusión entre público y común.

Común es lo interior e íntimo y, en ese sentido, indisponible, lo cual es otra manera de decir “sagrado”. El verdadero amor a Dios, a los padres, al cónyuge, a los hijos, a los amigos, es sagrado. Si es de verdad, el otro me puede rechazar, pero yo nunca a él. De ahí la veneración, primero, por la figura de los padres, y también que a un maestro -que no es lo mismo que un mero profesor- se le considere un “segundo padre”, y a un buen sacerdote, un “Padre”. Padres, maestros y sacerdotes los consideramos siempre privados nuestros, precisamente porque tenemos algo interior en común con ellos. Privado no es contrario a común, sino más bien un carácter de él. No es lo mismo un amor privado que uno meramente particular y, de otra parte, no hay amor público posible. El amor “hecho en público” no es real, es una pura indecencia. El único amor expresado en público es el de la liturgia divina.

Lo público es exterior y disponible -por eso cabe el sacrilegio- y plantea siempre el problema de su uso. Puede suscitar peleas, o también ofrecer criterios diversos para su empleo. En ambos casos, el resultado es la regulación, lo que supone una cierta rebaja en su puro carácter público. Lo contrario a lo público no es lo privado, como sostiene el lenguaje democrático moderno, sino lo particular. Público es lo disponible por todos, particular lo disponible por un grupo señalado.

La confusión se deja ver con claridad en la hoy usual distinción entre entes públicos y privados, que viene a identificar público con estatal. Pero estatal se refiere a una titularidad jurídica y no al carácter público. El servicio de espionaje, por ejemplo, es de titularidad estatal, pero no es público; el gobierno de una nación o región es de titularidad estatal, pero pertenece en cada momento al partido

en el poder. Por el contrario, una Universidad privada, por ejemplo, puede tener una oferta pública para reclutar alumnos, y es pública, aunque su titularidad jurídica sea privada.

Vemos, por tanto, que las diferencias, que parecen mínimas e incluso meramente lingüísticas, entre democracia y régimen político identitario, son expresión de puntos de vista antitéticos. Si la sociedad se organiza desde la igualdad, entonces -ya sólo por eso- cada individuo tiene una cierta libertad ante sus iguales, con el añadido fundamental de que se considera en sí mismo como absolutamente libre. A partir de ahí, la cuestión abierta es cómo puede organizarse una sociedad de “iguales y libres”. Dado que el anarquismo es pura utopía, no queda más respuesta que: desde el Estado.

### *¿Quién es soberano en la democracia moderna?*

He aquí otra paradoja de la democracia moderna: el individuo es totalmente libre y, por consiguiente, un absoluto. La igualdad debe garantizar que nadie le quite la libertad a nadie, y el Estado se ocupa de ello. Por eso, Hobbes -y no sólo él- había buscado en un *poder absoluto* la garantía de la paz social, pero el problema es complicado: si te ordena un poder superior, tu libertad individual queda disminuida; pero si las libertades individuales quedan “sueltas”, la paz -y, por tanto, tu libertad- está amenazada. J.J. Rousseau quiso arreglar el entuerto diciendo que todos los ciudadanos en el fondo eran buenos por naturaleza y -una vez arreglado el daño que les hace la sociedad- deberían unir sus voluntades en una única: la “voluntad general”, en la que incluso se “obligará a ser libre a quien no quiera”.

Su propuesta podría hacerse realidad eventualmente en alguna situación y momento excepcionales y, por supuesto, en una sociedad con base identitaria, pero es completamente irreal en una sociedad de vínculos débiles o inadecuados -como son casi todas- y, sobre todo, irreal según los principios democráticos modernos. Por eso, desapareció con rapidez de la gran política, la cual hubo de ponerse el “traje de Sièyes”: sólo es viable la *democracia representativa*. Con todo, esta democracia ha sido presentada de forma confusa desde el principio, pues se afirma que en ella el pueblo es soberano.

Resulta entonces, para empezar, la paradoja de que hay tres soberanos: el *individuo absolutamente libre*, el *pueblo* y el *Estado*. En realidad, no puede haber más que uno, y es el Estado, aunque la siguiente paradoja es que tampoco puede serlo. Hegel vio el problema, y considera al Estado como el Dios objetivo en el mundo. La realidad es que juega a serlo, pero la historia se ha encargado de demostrar una y otra vez que no puede, simplemente porque la tesis es defectuosa. Sólo puede ser absoluto un Dios *transcendente*, que no coincide ni con el “objetivo” ni con el “absolutamente absoluto” hegelianos.

De otro lado, para que haya un pueblo se necesita una fe y un amor común de la gente. Nadie puede mostrar ni demostrar *teóricamente* qué es México o España, pero el pueblo mexicano o el español está formado por todos los que *creen* en ese *símbolo* que es México, o España, y lo aman, Sin embargo, apenas es posible encontrar una fe común en un grupo de gente igual y absolutamente libre. En la democracia no hay pueblo, sino “gente”, y eso es coherente, una vez más, con el ataque moderno y creciente a las identidades. Sin embargo, sólo *la fe y el amor* pueden dar paso a una comunicación enriquecedora, por ser según *verdad*, y capaz de generar *confianza*: ellas son la fuente de la identidad.

El *pueblo soberano* es una ficción democrática moderna, y no es absoluto, simplemente porque no existe. En forma postulatoria, se sigue considerando absoluta la *libertad individual*, pero no es viable socialmente y ni siquiera interiormente -como muestra la psiquiatría-, a no ser en la *última decisión* del *juicio*, pero esa decisión -como ya queda señalado- está siempre mediada. Queda un único y aparente soberano absoluto: el *Estado*.

El 50.01% que puede ganar unas elecciones, no es un pueblo -y el enfrentamiento entre las dos “mitades” de los votantes lo corrobora, así como la tan frecuente y rápida caída de estimación del ganador-, sino un conjunto de voluntades individuales ocasionalmente unidas, y cuya *legitimidad social* no les viene de ser absolutamente libres -pues el mero individuo no es un ser social-, sino de un “absoluto superior”, el Estado, que ha fijado las reglas del juego. Sin él, el sistema no se puede montar, pero sucede que siempre hay alguien que lo organiza, y lo suele hacer en su favor. Los mismos “referéndum” para introducir una Constitución -y ella misma- son montajes.

Nos encontramos así con el continuo vaivén: Estado absoluto sí, y lo mayor posible, para garantizar el absoluto que es la igualdad del presunto pueblo soberano (socialismo); Estado sí, pero el menor posible, para evitar que pueda ahogar al “pequeño absoluto” que es la libertad individual (liberalismo). La “desesperación” democrática, ante este vaivén, que no puede en ningún prescindir del poder central del Estado, se traduce, bien en una dictadura sostenida por la oligarquía, o bien, cada vez más, en una dictadura encubierta llamada *populismo*.

La democracia moderna, al final y desde un punto de vista operativo, muestra hasta qué punto Platón y Aristóteles habían acertado al describirla como un sistema defectuoso, y sólo realizable -aunque no es seguro que se consiga, pues también juegan otros factores- a condición de que exista una clase media amplia, rica y moderada. Lo que ni Platón, ni Aristóteles, pero aún más, ni los fundadores y posteriores heraldos de la democracia racionalista moderna podían imaginar, era lo que la ciencia-técnica llegaría a hacer, y el mundo social que les iba a abrir.

### ***Género, Feminismo, “Woke”, Transhumanismo***

En el Occidente de los últimos siglos, las ideas antropocéntricas, de absoluta libertad y de sentimiento de dominio sobre la Naturaleza, se ven favorecidas por el gran desarrollo de la técnica, la industria, y el comercio. Aparecen así poco a poco los problemas de la *dislocación* geográfica de la población, de la creciente *movilidad* de las personas y del *trabajo de las mujeres fuera de casa*. En las clases modestas el nuevo tipo de trabajo perturba la vida familiar; en las clases acomodadas, los múltiples viajes del esposo le alejan de casa y, con cierta frecuencia, también de su esposa.

A la hora de examinar el feminismo, no es posible perder la perspectiva histórica. Durante milenios, la inmensa mayoría de la población vivía y trabajaba toda la vida en su casa, con su familia y en su pueblo, en el que nacía y moría. Era una sociedad, por decirlo así, estable por necesidad, aunque pudiera faltar la solidez de la virtud. La esfera pública estaba constituida por una parte muy pequeña de la población, en manos sobre todo de hombres, dado que las mujeres eran más necesarias para la familia, por lo que se unía la naturaleza con la simbolización: la mujer es “fundamento” y por eso aparece menos. A ella se debía de manera preminente la transmisión de la vida, de la sociedad y de la cultura. Pero, en los últimos siglos, y por las razones mencionadas, eso cambia.

Con los nuevos supuestos, ¿qué sentido tiene mantener un “varón moderno” y una “mujer antigua”? Carece de justificación, y por ello los movimientos feministas eran bien esperables y justificables. Con todo, lo que esos movimientos no arreglaron -y siguen sin arreglar- del todo, es el choque con la Naturaleza y, por tanto, con la religión. El varón no da a luz ni tiene la sintonía de trato necesaria para cuidar bien un bebé, ni sabe organizar bien un hogar, y un largo etcétera. Con todo, el dominio de la nueva filosofía se ve en que incluso los adherentes a la tradición religiosa buscan cómo compatibilizar *trabajo* -primero- y *familia* -segundo-, y no al revés.

Para aquellos, sin embargo, que no están en esa tradición, no hay problema, pues la libertad e igualdad radicales modernas les garantizan cualquier decisión. Si consideras que Dios te ha dado una naturaleza física y espiritual, y que su providencia te ha integrado en una historia, debes intentar mejorar, pero siempre según las indicaciones de esos dones. Por el contrario, en una filosofía de la absoluta libertad, todo lo dado, el *pasado* recibido, es un puro *material disponible* para mi libertad y mi ingeniería científica. La clave es, por tanto, el *futuro*, y de ahí la primacía de la idea de *progreso*.

Por tanto, género, feminismo, “woke” y transhumanismo -que nos promete superar incluso la muerte-, responden de forma lógica a las coordenadas de la modernidad democrática. Es la capacidad tecnológica humana la que por fin va a permitir a cada uno configurar su vida como le dé la gana.

Aquí la clave no es ya el servicio mutuo, el mutuo enriquecimiento en lo común, sino la fuerza desencadenada de mi “libre voluntad”

El éxito de la nueva situación -en las ideas y en la civilización- ha sido tan fuerte que ha impresionado incluso a no pocas personas e instituciones religiosas, sobre todo en el catolicismo, pues en el protestantismo la posición siempre fue más moderna. Pero también en el Islam, que ha reaccionado en sentido contrario al catolicismo cultural de hoy, optando por lo que se denomina ahora “fundamentalismo”.

En la Iglesia católica, el intento de “democratización” -desde el Vaticano II- la ha llevado a su peor crisis desde el momento luterano. Y, en consecuencia, la fuerza política de los partidos “democratacristianos” se ha ido extinguiendo, tanto por una mala gestión de las relaciones entre política y religión, como por el descenso del número de católicos practicantes. Los antiguos votantes de esos partidos se reparten hoy entre los que eligen un centroderecha o centroizquierda modernos y un resto tachado, y no sin razón, de fundamentalistas, pues aún creen en lo permanente.

La última batalla dentro de las coordenadas actuales, la dan los centristas moderados que siguen aceptando los principios tradicionales. Su estrategia retórica consiste en intentar ganarle a la democracia moderna en su propio terreno, al subrayar que ella -a pesar de presumir de *racional*- no respeta lo que la ciencia dictamina -lo que sucede cada vez más- y que hace juegos de mano con sus afirmados *derechos* humanos, incapaz de fijarlos bien, pues ¿cómo fijarlos sin tener criterio para ello, y todo criterio ha de estar *dado*?

Si los moderados o centristas quisieran salir de la ceremonia de la confusión en la que estamos, tendrían que mostrar con claridad su diferencia con respecto a las ideas de libertad e igualdad hoy vigentes. O sea, aceptar que en los términos actuales -y, en el fondo, en cualquier término- es más bien dudoso que puedan ser tenidos por demócratas.

Tendrían entonces que apoyar un sistema que fomentase y garantizase, en la medida de lo posible, la vigencia de las tres grandes instituciones antes citadas y ahora menospreciadas: *familia, magisterio e iglesia*. Hoy existe un ataque cerrado contra la familia y la iglesia, al tiempo que las leyes internacionales de educación convierten al clásico maestro en “empleado de centros de enseñanza de competencias, como ayudante de sus alumnos”.

Asistimos al espectáculo de una democracia moderna que, en su delirio de una libertad absoluta, nunca pudo soñar en llegar a las cotas que el desarrollo tecnológico le ha hecho posible. Congelar un feto en espera de volverlo a implantar cuando la madre ya se ha jubilado de su empleo, tener espermias

en oferta, para que la criatura sea sólo de la madre, parecer mujer siendo hombre, o viceversa, o hermafrodita, y todo eso a la carta, muy amplia, por cierto.

El transhumanismo insinúa incluso la posibilidad de elegir entre la vida y la muerte. Pero la radicalidad de lo dado, de la naturaleza físico-espiritual humana, es tan fuerte que no es posible escapar de ella. Estamos hechos para relacionarnos, para comunicarnos a través de los dos medios aptos para ello, ya que son los únicos en los que se da lo común: el espíritu de la verdad y el amor verdadero. Nuestra cultura *relativista* desprecia la verdad, pero si ella no existiera en nuestra alma, no podríamos afirmar algo como probable y optar por una opinión en vez de otra. A su vez, que hay amor verdadero se muestra en dar la vida por el ser querido.

El defecto de las relaciones modernas se palpa por doquier. En la inestabilidad y superficialidad de la vida política, de las relaciones de “amistad”, etc. Hasta en detalles pequeños: quien ama de verdad, a personas y a saberes, no necesita significarse, es decir, provocar que se fijen en él. Pero hoy se extienden por doquier tatuajes, moda “queer”, malvestir. Todo ello son secuelas de un alma triste, solitaria, vacía, sin riqueza interior, todo lo cual se intenta compensar con *rarezas* y buscando contribuir a la generalización social de un *perfil personal pobre y bajo*.

El anticristiano Nietzsche, muy usado para la liquidación de la ética y nada en política, lo supo decir con claridad: “si yo soy un canalla, tu también deberías serlo: con esa lógica se ha hecho la Revolución”. Es lo que hay.

Madrid, 17/12/2021